

D. Nicolás Justiniani que dotó el Colegio de San Borja y fué condecorado por el P. Vincencio Carafa, General entonces de la Compañía con el título de Fundador; ni el de la muy noble Sra. D.<sup>a</sup> Teresa de Loyola, quien además de una suma considerable que antes había dado para contribuir á la construcción de la Iglesia y Colegio, al profesar en el Monasterio de la Concepción, le dejó por heredero de todos sus bienes.

Con estas y otras muchas limosnas que los generosos vecinos de Guatemala ofrecían al P. Ignacio de Azpeitia se edificó el grandioso templo cuya ruina en 1752 lamentaba un historiador contemporáneo por estas palabras: «La Iglesia de la Compañía de Jesus, obra admirable y que descollaba entre las más perfectas del arte, singular en sus medidas, vistosa en sus adornos, cuya fama se ha extendido hasta la Europa á causa de su cimborio hoy destrozado, quedó en tan lastimosa ruina, que no sé si fuera menos sensible que toda hubiese quedado por los suelos, pues lo que se mantiene en pié más sirve de estímulo al sentimiento del estrago, que de esperanza para su reparo». No debió pensarse en repararla, porque ya en aquella época se pensaba seriamente en la traslación de la ciudad á otro sitio menos expuesto á la terrible acción de los volcanes vecinos. Véase todavía la hermosa fachada decorada con las estatuas de los Santos Jesuitas hasta entonces canonizados, y las altas paredes cuarteadas más por los arbustos que en ellas enraizan, que por la influencia de los temporales.

El Colegio fué por muchos años el único centro de enseñanza en todo aquel reino, (cerrado el de Sto. Tomás de los PP. Dominicos) y en él se conferían los grados académicos mayores y menores, hasta que en 1681 se fundó la Pontificia Universidad de S. Carlos. Merced sin duda á la solidez de su fábrica y á no tener la altura que la Iglesia, tan atrevida para aquellas tierras, el Colegio resistió no sólo á los terremotos de 1752, sino también á los que después sobrevinieron y acabaron por reducir á escombros aquella grande y bellísima ciudad. Todavía en 1870 estaba en pié y ocupado por una fábrica de tejidos.

### III.

Pasemos á reseñar lo poco que encontramos en autores antiguos sobre el establecimiento de la Compañía en las otras provincias de Centro-América. La que más trabajó, aunque con poco resultado, por obtener un Colegio de Jesuitas, fué Nicaragua. Hacia el año de 1616 el Conde de la Gomera, Presidente de la Real Audiencia de Guatemala, consiguió que de aquí se enviase una misión á Granada. Fué destinado para desempeñar aquel honroso encargo el P. Pedro de Contreras, quien después de un camino de 120 leguas, llegó por fin á avistarse con el Ilmo. Sr. D. Pedro de Villa Real, Obispo á la sazón de aquella Diócesis. Fué recibido el Misionero con singulares muestras de estimación y confianza por parte de aquel excelente Prelado, y comenzó desde luego sus tareas apostólicas en la Catedral de Granada con tanto aplauso y fruto, que llegado el tiempo de volverse á su residencia de Guatemala sólo pudo conseguirlo dando palabra de repetir la visita al año siguiente, á dar forma para la fundación de un Colegio en aquella ciudad.

En efecto, con aquel carácter singularmente piadoso, liberal y entusiasta que ha distinguido siempre á los Nicaragüenses, comenzaron enseguida á arbitrar recursos. Un caballero ofrece la casa que está edificando en el mejor sitio de la ciudad: un eclesiástico promete ceder una hacienda que renta 3.000 \$ anuales: el Ilmo. Villareal añade otras casas y 5.000 \$ más: 6.000 se habían reunido entre personas particulares... Tal generosidad, unida á los motivos de gran gloria de Dios que alegaba el Conde de la Gomera, resolvieron al Provincial de Méjico, si no á aceptar la fundación, á lo menos á devolver allá al P. Contreras con otro compañero por vía de misión para residir en Granada hasta nueva orden. El júbilo con que fueron recibidos de aquellos buenos ciudadanos y la prisa que se dieron en procurarles Iglesia, casa



y todas las comodidades correspondió al anhelo con que los habían solicitado, y fué tan constante, que habiendo vivido allí cuatro años sin renta fija, sin embargo eran tan largas y continuas las limosnas, que jamás tuvieron que padecer falta en lo más mínimo.

Mas aquel modo de ser anormal no podía prolongarse por mucho tiempo. Viendo los Superiores que aquel Colegio, aunque prometía tan bello porvenir, quedaría como aislado del cuerpo de la Provincia por las distancias inmensas y caminos intransitables, determinaron retirar de Granada los Padres. Increíble fué el dolor de la ciudad al publicarse esta nueva. El Ayuntamiento y el Ilmo. Sr. Waltodano, Obispo entonces de Nicaragua, pusieron en juego cuantos resortes estaban á su alcance para evitar aquel golpe. Por no traspasar los límites de una brevisima reseña, omitimos copiar los bellísimos documentos que aún se conservan sobre este asunto: todos ellos respiran piedad y entrañable amor á la Compañía.

Mientras esto pasaba en Granada, en la Villa del Realejo, puerto en aquellos tiempos importantísimo, se trataba con la mayor actividad de fundar otro Colegio, y las cosas habían adelantado tanto, que ya sólo se esperaba la aprobación del Rey, que muy presto llegó. Esto y las instancias de Granada vencieron la resistencia del P. Provincial, y envió al P. Luis de Molina con plenos poderes para aceptar el Colegio del Realejo y la residencia de Granada. Parecía ya definitivamente establecida la Compañía en Nicaragua; pero todo se apoyaba, á lo que parece, en un plan que por desgracia nunca llegó á realizarse; tal era formar una Viceprovincia en Guatemala, á la cual pertenecieran los Colegios de Chiapas, Ciudad-Real, Mérida y los que se fundasen en el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa-Rica. El proyecto era hermoso, pero de todos los Colegios con que se contaba, no existían más que dos, ni llegó á existir otro, fuera del de Ciudad-Real y eso muchos años después. Entre tanto subsistían las razones de las inmensas distancias y escasez de sujetos, que acabaron por deshacer en sus comienzos las fundaciones de Nicaragua; los PP., pues, hubieron de retirarse después de seis años de

residencia, no sin haber hecho mucho, tanto en favor de los Españoles, como de los naturales del país, cuya idolatría solapada desenmascararon y abolieron en las cercanías del Realejo y del actual León.

Algunos años más tarde (1629) el Ilmo. Sr. Obispo de Comayagua D. Fray Alonso Galdo, pedía al Rey católico le enviase PP. de la Compañía para el cultivo de su vasta Diócesis y el celoso Conde de la Gomera apoyaba decididamente la petición del Prelado, pero no sabemos haya tenido más efecto que algunas misiones aisladas.

Tampoco lo tuvo la del Salvador que se trató con más interés y eficacia, hácia el año de 1694. Fué su promotor el Alcalde D. José Calvo de Lara, vecino de Guatemala, hombre de singular piedad y religión, quien observando la gran necesidad que tenía de educación la juventud de aquella Provincia, propuso en cabildo abierto el plan que meditaba de fundar un Colegio de la Compañía. Fué acogido con entusiasmo y ofreciéronse desde luego considerables cantidades, casa é Iglesia y la cooperación de los vecinos de S. Miguel y S. Vicente á quienes igualmente interesaba. Así las cosas acertó á pasar por allí el P. Juan Ceron de camino para Comayagua para hacer una misión: quiso darla también en el Salvador, con lo cual se encendieron más los deseos de aquellos buenos vecinos, y dieron todos los pasos conducentes á la fundación. Esta, aunque con muy ventajosas condiciones propuesta, tampoco se admitió, prevaleciendo las mismas razones, que para la de Nicaragua, mas se dió esperanza de atenderla más tarde. Este tiempo nunca llegó, y en resumen sólo en Guatemala se estableció sólidamente la Compañía y perseveró hasta la expulsión general de 1767.

El P. Alegre, que nos ha conservado en su preciosa historia de la Provincia de Nueva España todas estas noticias relativas á Centro-América, siempre da por razón de no admitir estas nuevas fundaciones, lo largo de las distancias; no nos parece, sin embargo, que haya sido esta la verdadera causa. No eran menores las distancias que mediaban entre Méjico y la California ó la Pimería alta; ni las distancias



retrajeron á los PP. del Nuevo Reino de Granada para aceptar las fundaciones de Cartagena, Popayan y otros puntos muy lejanos de la residencia ordinaria del Provincial. Podría más bien ser que como Guatemala casi desde la conquista se gobernó con independencia de Méjico en lo político y aun en lo eclesiástico, muy luego comenzó á procurar y consiguió al fin ser elevada á Sede Metropolitana, y como por otra parte las fundaciones se multiplicaban en nueva España, era natural que los Superiores prefiriesen lo que tenían más á la mano y dentro de los límites del Vireynato, á lo que se les ofrecía fuera de él. De todas maneras es mucho de sentir que no se haya llevado á cabo la feliz idea de la creación de una nueva Provincia Centro-Americana, que hubiera sin duda dado solución á las dificultades que dejaban siempre frustrados los deseos de aquellos habitantes tan distinguidos por su piedad, como por el acendrado amor á la Compañía, de quien apenas pudieron recibir muy cortos servicios.

Hé aquí el breve resúmen que quisimos premitir para enlazar la historia antigua con la que pretendemos bosquejar de nuestros tiempos. Observemos, sin embargo, que estos son muy diversos de los pasados. Antiguamente los gobiernos y los pueblos en materia de religión iban á una, como lo exige la naturaleza y la sana razón; hoy, merced á los errores de que se nutre y vive la sociedad moderna, la religión parece estar relegada al pueblo, mientras la gran mayoría de los gobiernos, lo mismo en el nuevo que el viejo mundo, se proponen como fin último oprimir á la Iglesia, coartar sus libertades, poner toda clase de óbices á su acción salvadora, privar á los pueblos de los consuelos de la religión. Antes los gobiernos eran los primeros en amparar y proteger las órdenes religiosas, que á su vez eran y son hoy, donde existen, el amparo y consuelo del pueblo, y por lo mismo su establecimiento en un país llevaba siempre el carácter de estabilidad y constancia; hoy por lo general se ven forzadas á seguir las

vicisitudes de los gobiernos. Sube al poder un hombre prudente, religioso, interesado por el verdadero bien de sus pueblos, la Iglesia respira, las órdenes religiosas despliegan su actividad bienhechora, el pueblo goza de sus franquicias naturales en el orden espiritual y material; mas como por desgracia, ó por consecuencia legítima del régimen constitucional, tales hombres duran poco en el gobierno, poco dura también la verdadera libertad religiosa y política.

Estas verdades hoy tan palmarias dan explicación á dos puntos capitales que se desprenden de los hechos que vamos á referir; primero, por qué la Compañía en esta segunda época de su existencia en América no ha podido establecerse sólidamente en casi ninguna de sus numerosas repúblicas. Segundo, por qué se la ama tanto, y tanto se la persigue en aquellos países.

